

Bienaventurados aquellos a quienes Dios siempre sorprenderá

*Jean Duchesne**

Es comúnmente aceptado que la fe y la pertenencia religiosa consisten en una especie de conformismo: aceptamos sin cuestionar todo un corpus preestablecido de dogmas que están lejos de ser universalmente obvios, y aplicamos en la medida de lo posible las reglas rituales y morales que resultan de ellos. No podría ser más sencillo y seguro, al menos desde fuera. Porque experimentado desde dentro, a menudo resulta menos cómodo. Lo que se ofrece para ser creído conduce de hecho al umbral de lo desconocido, incluso a aventurarse más allá, y las consecuencias que se extraen llevan a ejercitar la voluntad resistiendo tanto la inercia como los impulsos del momento. Sin duda, esto es cierto para la mayoría de las observancias ligadas a una espiritualidad. Pero es particularmente obvio en el caso del cristianismo, que, si se mira con suficiente atención, demuestra no ofrecer respuestas a todas las preguntas imaginables, sino ser una fuerza desestabilizadora perpetua, que presenta una serie interminable de desafíos al sentido común que socavan cualquier sistematización tranquilizadora.

Es sintomático que, en el Evangelio según san Mateo, después de haber reclutado a sus primeros discípulos y haber atraído multitudes, haciendo creíble su anuncio de la inminencia del Reino de Dios mediante una serie de milagros curativos (4,18-25), Jesús inaugure su predicación con un cúmulo de paradojas, con lo que se llama el Sermón de la Montaña o las Bienaventuranzas (5,3-12). Cada afirmación impredecible nos lleva a sacar una conclusión. Pero esta sucesión de racionalizaciones no proporciona un marco que pueda integrar el resto, de modo que pasamos de lo inesperado a lo contradictorio.

Jesús, al ver la multitud, subió al monte. Se sentó y se le acercaron sus discípulos. Luego, abriendo la boca, les enseñó. Él decía:

(1) Bienaventurados los pobres de corazón, porque de ellos es el Reino de los Cielos.

* Nacido en 1944. Casado, cinco hijos, catorce nietos. Cofundador de la edición francófona de *Communio*. Albacea literario del padre Louis Bouyer y del cardenal Lustiger.

- (2) Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados.
- (3) Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra.
- (4) Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados.
- (5) Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos recibirán misericordia.
- (6) Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios.
- (7) Bienaventurados los pacificadores, porque serán llamados hijos de Dios.
- (8) Bienaventurados los que sufren persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos.
- (9) Bienaventurados seréis si por mi causa os vilipendian y os persiguen y dicen toda clase de mal contra vosotros falsamente. ¡Alegraos, alegraos, porque vuestra recompensa es grande en el cielo! Así fueron perseguidos los profetas que os precedieron.

Primeras cuatro paradojas

Estas nueve proclamaciones de “bienaventurados” son desconcertantes. En primer lugar, porque aquellos que son así bendecidos, es decir, favorecidos por Dios, pueden ser reconocidos en su mayoría como infelices: los pobres, los afligidos, los hambrientos y sedientos, los perseguidos, los insultados y calumniados. Ésta es una primera paradoja. Sin embargo, esta no es la clave de todo el mensaje. Porque los mansos, los misericordiosos, los puros de corazón y los pacificadores también son exaltados, y aquí hay un segundo motivo de asombro. Ciertamente tienen menos problemas, pero su suerte no es mucho mejor, porque al igual que los que sufren toda clase de miserias, no serán recompensados hasta más tarde, “en el cielo”.

Pero, en un tercer giro, nos damos cuenta de que al final, los oprimidos, acosados y maltratados “por causa de Jesús” son “felices” de ahora en adelante, sin esperar: “de ellos es el Reino de los cielos [y su] recompensa es grande” —ya, en tiempo presente. Por supuesto, esto no se debe a que sean prósperos y no tengan preocupaciones, ni a que sean víctimas o se enfrenten a exactamente lo contrario de lo que normalmente es deseable —eso sería un absurdo y no una paradoja—, sino a sus disposiciones internas, ya sea que hagan el bien o sufran el mal.

De este modo, el sufrimiento del desgraciado se convierte en una bendición, en la medida en que no maldice ni se deja tocar por la más mínima complacencia masoquista, sino que sabe que se le da la oportunidad de compartir el destino de Cristo y, por tanto, de morir para resucitar. Del mismo

modo, la pobreza que da acceso al Reino de los cielos no es el hecho objetivo de la miseria o la indigencia, sino una humildad subjetiva, del “espíritu”. La mansedumbre que rechaza toda violencia, y el hambre y la sed de “justicia” que soportan la persecución son igualmente estados e impulsos psíquicos. Lo mismo ocurre con la pureza de “corazón” o la propensión a perdonar y pacificar. Así pues, es ante todo en el interior, en el plano espiritual, donde se experimenta aquí abajo la felicidad prometida.

Podríamos deducir entonces que nada de lo que ocurre en este mundo es realmente importante, y que lo que cuenta son las reacciones y actitudes personales ante los peligros de la vida. Pero —y éste es el cuarto fracaso de la lógica que hemos iniciado— es probable que una resistencia blindada tanto a las pruebas como a las tentaciones sólo dé como resultado una indiferencia que desprecia las realidades, empezando por las de la “carne”, que no podemos negar sin tomarnos indebidamente por un ángel. El resultado es un voluntarismo estoico o una huida hacia la ilusión, atrincherados en la fortaleza inevitablemente precaria que nos hemos construido. Además, una pasividad más o menos anestesiada reduce la felicidad a una simple ausencia o negación de la desgracia, muy lejos de lo que Dios promete y también de aquello a lo que el hombre aspira: una plenitud de vida que no puede contentarse con el aislamiento sino que, por el contrario, busca una comunión sin límites. Bienaventurados, pues, quienes no son moralmente fuertes sin ser agresivos, sino que se descentran (por así decirlo) y se ponen al servicio de los demás, a riesgo de ser rechazados.

Quinta y sexta rarezas

Sin embargo, esto no ha terminado y pronto nos topamos con una quinta aporía. Porque la bendición divina implica por parte del beneficiario algo más que un altruismo desinteresado, incluso sacrificial: exige la conciencia de una carencia, un deseo casi físico, asimilado por el mismo Jesús al hambre y a la sed, es decir, la impaciencia por la “justicia”.

La felicidad anunciada no es, por tanto, un estado estático de saciedad en el que ya no hay nada que buscar y obtener, sino una expectativa, una carencia que no desaparece cuando se cumple, porque el hecho de que se cumpla no confiere autonomía: tener un “corazón puro” hasta el punto de ser juzgado digno de “ver a Dios” no suprime, sino al contrario, intensifica el apetito (por así decirlo) por su presencia y asociación con su vida. Saciedad aquí no significa extinción del deseo en la digestión.

Si podemos hablar de confianza, de paz y de descanso, es en la medida en que, en la tierra, la fe prevalece sobre las debilidades y, en la eternidad del cielo, la intimidad con Dios ya no puede ser cuestionada. Frente a él, la humildad, el abandono y la abnegación demuestran no estar ligados a las miserias de este mundo, sino que persisten, continúan e incluso florecen. La desaparición de la adversidad y de los velos exagera la percepción en uno mismo de algo inacabado y se abre a más de lo que uno se sabe capaz de pedir y, más aún, de absorber. Es más bien como una expansión del ser que, como atestiguan los mártires y místicos, puede sentirse incluso a través de las pruebas de este mundo donde parece disolverse.

Resta preguntar por esta “justicia”, a la que aspirar ya es una bendición. No es la justicia de un tribunal que aplica apasionadamente leyes declaradas vitales para la comunidad, sino la de Dios, que ni siquiera pensaría en castigar para protegerse o vengarse, porque ninguna afrenta sufrida le afectaría. Tampoco se trata de una cuestión de equidad, como lo demuestra la necesidad concomitante de misericordia que no calcula. Se trata más bien de ser hecho justo (o “justificado”, como dice la teología clásica) gratuitamente, por la bondad desinteresada del Padre celestial, y no mediante esfuerzos meritorios.

Y aquí nos topamos con una rareza más: la sexta. El hombre es incapaz de alcanzar por sí mismo la felicidad, y aun así debe esforzarse por alcanzarla. Sin embargo, esta contradicción puede superarse siempre que reconozcamos que la bienaventuranza prometida es una liberación que, aunque no será plena hasta la llegada del Reino, es un proceso ya en marcha. En el bautismo, los fieles de Cristo son “liberados del pecado original, pero no de sus consecuencias”,¹ como decían los viejos catecismos. En otras palabras, el sacramento —en el que es Dios quien actúa a través de todo tipo de mediaciones, tanto institucionales como personales, históricas y directamente sensibles (¡paradojas de nuevo!)— significa que ya no dependemos exclusivamente de las leyes de la “naturaleza” (es decir, de la creación que ha olvidado a su Creador), que no siempre es amable.

¹ Confirmado en el *Catecismo de la Iglesia Católica* de 1992 (CIC), n. 978. Precisemos que el hombre, aunque haya roto con Dios cediendo a la tentación de la autonomía, como se explica en el episodio bíblico de la Caída (Génesis 3), sigue siendo “a imagen” de su Creador (Génesis 1,27), y por tanto conserva, dentro de las limitaciones impuestas por esta separación, una cierta libertad. Por eso no se puede excluir que quienes no están bautizados o ignoran a Dios debido a las circunstancias puedan ser reconocidos como “justos”, en función de las elecciones que hayan hecho (véase el CIC nn. 1731-1738, 1744).

La libertad así concedida es embrionaria y está lejos de ser omnipotencia. Tampoco es infalible. Pero es real e incluso debe ser ejercitada indispensablemente para desarrollarse, ya que la felicidad a la que se inicia el bautizado no se reduce a una parálisis apática sino que se construye durante el camino. El uso de esta libertad a lo largo de la “peregrinación” de cada persona en este mundo puede ser, a pesar de las apariencias, como una anticipación de la liberación total y definitiva de los bienaventurados para la eternidad, y es en todo caso el comienzo o el cebador. Esto es lo que en varias ocasiones (2 Corintios 1,21; 5,5; Romanos 8,23) San Pablo llama “las primicias del Espíritu”, que también podríamos llamar anticipo de bienaventuranza.

Promesas que no son evidentes

Sin embargo, las recompensas anunciadas en el Sermón del Monte también pueden resultar desconcertantes. Hay aquí otra serie de paradojas. Podríamos haber empezado por ahí,² es decir, mostrando en qué consiste y resulta deseable la felicidad prometida, de modo que resulte claro qué permite participar en ella, lo cual no era evidente en principio (humildad, aflicción, persecuciones, etc.).

Algunos de estos beneficios, como el acceso al Reino de Dios para los que tienen “alma de pobres” y los “perseguidos por la justicia”, o el título de “hijos de Dios” para los que trabajan por la paz, sugieren claramente la proximidad, incluso la intimidad con el Padre en el cielo, por lo tanto, una felicidad mucho más allá del éxito en la tierra. Esto, sin embargo, no es despreciado ni reprobado como malo en sí mismo: véase la envidiable riqueza que finalmente encuentra Job (42,10-17). La prosperidad sólo se pone en perspectiva, ya que es efímera (ver Lucas 12,19-20 y 1 Timoteo 6,17), y sigue siendo una señal posible, pero no una prueba o garantía del favor divino.

Otras promesas parecen evidentes. Sin embargo, son algo engañosas. Que los sufrimientos y las frustraciones soportados “por causa de Cristo” sean remediados, es ciertamente lo mínimo que tenemos derecho a esperar. Pero se ha señalado anteriormente que, una vez satisfechos, los hambrientos y sedientos de “justicia” no se sumergen en un letargo posprandial, sino que su deseo de unión con Dios, por el contrario, se hace cada vez más ardiente por su alcance.

² Éste es el planteo del cardenal Lustiger en *Soyez heureux. Entretiens sur le bonheur et les Béatitudes*, NiL Éditions, 1997; réédition Parole et Silence, 2011.

Sólo que ya no hay restricciones por la incertidumbre, la adversidad o el peso de la carne mortal.

En cuanto al consuelo de los afligidos (“los que lloran”), hay que entender que el consuelo de las víctimas no es el borrado terapéutico de las heridas recibidas ni la reparación de los agravios sufridos. Porque la bienaventuranza va mucho más allá del simple retorno al estado anterior que, aunque soportable, incluso placentero, no era plenamente satisfactorio. Y si se puede anticipar aquí abajo, es en forma de esperanza. No se trata sólo de la fuerza para afrontar las pruebas sin que se atenúen, se oculten y pronto se olviden. Porque el abandono que ella inspira no es fruto de una virtud “natural”, sino de una gracia de Dios que da parte de su vida, inalterable y ofrecida sin defensa.

De la desolación a la alegría

Añadamos que la aflicción no se limita al dolor causado por el mal sufrido o descubierto, siendo el arquetipo en este orden la Pasión atroz de Cristo Inocente, meditada por ejemplo en un Vía Crucis, frente a la Sábana Santa de Turín o delante de un simple crucifijo. Es también el duelo del que habla Jesús (Mateo 9,15) de los invitados a la boda a quienes les quitan el Esposo. La esperanza proviene, pues, de la Resurrección y de la perspectiva de la fiesta nupcial en el Reino. Pero el duelo puede e incluso debe estar motivado también por la conciencia de haber abusado, “de pensamiento, de palabra, de acción o de omisión”, de la libertad recibida. La esperanza consoladora aquí es la del perdón, fuente de alegría en la medida en que es precisamente inmerecida, más allá de toda medida.

La desolación por las faltas cometidas y reconocidas como tales —en otras palabras, la contrición— se convierte, contra toda expectativa, en una bendición experimentable, siempre que percibamos dos cosas. En primer lugar, este discernimiento es también un don de Dios que se revela en la historia e incluso en la vida inmediata de cada persona a través de canales muy diversos. Y luego que esa reconciliación se ofrezca en una relación tan específica y personalizada como los errores que subsana, y que pueda realizarse a nivel existencial y concreto en el llamado sacramento de la misericordia.

Si quien es liberado de sus pecados en nombre de Cristo por un sacerdote puede ser llamado bienaventurado y sentirlo, no es simplemente porque esta liberación sea subjetivamente un alivio para él. También se debe a que está mezclado con gratitud y asombro ante el poder que no lo aplasta, sino que se inclina para elevarlo y le permite asociarse a él.

El consuelo de los afligidos conduce así a la bienaventuranza de la misericordia. Jesús anuncia que “los misericordiosos alcanzarán misericordia”. Esto, nuevamente, es bastante confuso. Esperaríamos que la generosidad nos salvara de tener que mendigarla nosotros mismos como si nos faltara. Sin embargo, esto es lo que se pide familiarmente en el Padre Nuestro: “Perdónanos nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden”. Esto puede interpretarse como un intercambio de buenas prácticas o una muestra de buena voluntad. El problema es que parecemos estar haciendo valer una magnanimidad previa para obtener una sentencia reducida, o para negociar con Dios en igualdad de condiciones (“toma y daca”), o incluso para pedirle que imite al hombre que da buen ejemplo.

Por supuesto, lo contrario es cierto. Lo que lo confirma y lo orienta es una pequeña palabra de dos letras en el original griego del Padrenuestro (Mateo 6,12): *ὥς*, traducida “como también” en español.³ Lo que sugiere que perdonamos no para animar a Dios a hacer lo mismo, sino para seguirlo, tal como él lo hace primero. Esta bondad no motiva la bondad del Padre celestial, sino que restablece —¡por iniciativa suya!— nuestra semejanza con él.

El acercamiento así logrado y manifestado ejerciendo, “a imagen” de Dios, una bondad que no requiere reciprocidad, sigue siendo, sin embargo, incompleto. Lo que lo verifica es precisamente que quien se muestra misericordioso necesita, porque sigue siendo falible, que se le muestre misericordia. Y esto se les concede precisamente para perfeccionar la conformación que piden en el comportamiento de Dios y que les da su lugar en la comunión con él.

Incertidumbre y contradicción

También puede resultar intrigante la ventaja reservada a los “mansos” en la segunda bienaventuranza: ¿cuál podría ser esa “tierra” que “recibirán en herencia”? No puede ser todo el planeta: ya ha sido confiado a la humanidad en la Creación (Génesis 1,28), y el poder discrecional en el mundo es la tercera y suprema tentación que Jesús rechaza en el desierto (Mateo 4,9-10). Tampoco

³ En el paralelo del Evangelio de Lucas (que incluye también en 6,20-23 una versión abreviada de las Bienaventuranzas, ordenando la primera, la cuarta, la segunda, la novena y la conclusión de san Mateo), encontramos en 11,4 no *ὥς*, sino *γάρ*, también traducido como “también”. En términos generales, tanto en Mateo como en Lucas, la explicación de la felicidad prometida se introduce con *ὅτι*, generalmente traducida como “pues” o “porque”. Aquí los misericordiosos son declarados felices no porque *practiquen* misericordia, sino porque ellos *reciben* misericordia.

es la tierra prometida a la descendencia de Abraham (Génesis 15,18)⁴ y conquistada por las armas, en última instancia de forma precaria. Juan, el Precursor, también advirtió (Mateo 3,9) que la filiación no era suficiente ni siquiera necesaria para recibir este bien.

Debemos entonces comprender que esta “tierra” no tiene fronteras trazables, sino que es el Reino de Dios, donde Él reina y habita entre los hombres que lo reconocen como Padre, convirtiéndose así en sus hijos y herederos. Esta residencia se vuelve impenetrable si se fuerza la entrada. Por tanto, sólo se admiten los “mansos”, a quienes toda violencia les es ajena, así como, según la séptima bienaventuranza, los que “trabajan por la paz”, que, como tales, pueden ser llamados “hijos de Dios”.

Otra dificultad es el privilegio concedido a los “puros de corazón”: ellos “verán a Dios”. Pero se dice y se repite en la Biblia que es imposible, más aun, que no podemos sobrevivir a ello. Pero las Escrituras también registran que a algunos se les concede el favor de “ver a Dios cara a cara”. La contradicción más evidente se encuentra en el capítulo 33 del Éxodo. En los versículos 20 y 23, se niega a Moisés un encuentro con Dios “cara a cara” —¡lo que acababa de concedérsele en el versículo 11, repitiéndose poco después, en Ex 34,29-35!⁵

Entendemos que una relación directa con Dios, sin intermediarios ni velos, sólo puede ser completamente excepcional, debido a la desproporción entre la finitud de la criatura y el Creador, que el universo que él hizo no alcanza para contener. También podemos admitir que, puesto que Dios no depende de nada ni de nadie, es libre de manifestarse a quien quiera, como

⁴ Promesa renovada en Génesis 26,2-3; 35,12; Números 33,53; Deuteronomio 21,1.23; 3,23; Josué 1,6; Ezequiel 47,14.

⁵ Dios resulta invisible en otros pasajes de la Biblia distintos a los del Éxodo aquí citados: Génesis 16,13; Éxodo 3,6 y 19,21; Deuteronomio 4,12; Jueces 13,22..., y en el Nuevo Testamento: Juan 1,18 y 5,37; 1 Timoteo 6,16... Por otro lado, Dios se deja ver en Génesis 32,31; Éxodo 24,10-11; Jueces 6,22; 1 Reyes 22,19; Job 19,26-27; Salmo 17,15..., y así mismo en el Evangelio en Hechos 7,55-56; Hebreos 12,14; Apocalipsis 1,7... En el bautismo de Jesús (Mateo 3,13-17, donde sólo aparece el Espíritu Santo) y en la Transfiguración (Mateo 17,1-13), Dios simplemente se hace oír. Isaías (6,1-5) ve a Dios, pero es lo opuesto a una bendición, porque clama: “¡Ay de mí, que estoy perdido!” Por eso Elías esconde su propio rostro, para que sus ojos no corran el riesgo de “ver a Dios” (1 Reyes 19,13). El misterio se aclara en san Juan: quien mira al Hijo hecho hombre, vea al Padre invisible (Juan 6,46; 14,6-8)..., pero la clave la da Números 12,6-8: Dios no se revela a pedido, sino sólo en la sabiduría de su designio. Así habla a Moisés, su profeta, “en alta voz, en visión clara”.

quiera, y que sus motivaciones van más allá de lo que podemos concebir por nuestros propios medios. Lo más difícil de digerir es que esta visión —no plena, pero al menos suficiente para establecer una relación filial— sea mortal, cuando es precisamente lo que, aprendemos, se nos ofrece y promete.

Dos interpretaciones quedan descartadas por la bondad de Dios, que no pierde interés por su creación. Una, que el hombre esté tan alejado de él que, si no se pierde en el camino, se destruye en cuanto caen las pantallas, como una mariposa quemada por la incandescencia que la atrae. Otra, que ver a Dios como somos vistos por él sería una familiaridad profanadora, cuya ambición está destinada a ser castigada. Una tercera hipótesis, aunque arriesgada, podría resultar más fecunda: se trata de que el encuentro con Dios que se revela no nos permite vivir como antes, como si nada hubiera pasado, aunque no nos hayamos retirado del mundo. El “hombre viejo” tiene que morir y la persona tiene que nacer de nuevo. Aquí encontramos el tema del bautismo, anunciado por Jesús a Nicodemo (Jn 3,3-8) y desarrollado por san Pablo (Col 3,9-10; Ef 4,22-24).

La vida bautismal consiste en una constante purificación del “corazón”. Éste consiste en librarlo de cualquier deseo mezquino o temor egoísta, para que irrigue todo el ser con los “sentimientos que hay en Cristo Jesús” (Filipenses 2,5) y que no ha ocultado. Estas disposiciones íntimas no nos permiten todavía “ver” a Dios, sino conocerlo ya un poco, como desde dentro, y conformarnos a su Hijo, incluso en su anonadamiento, esperando el “día de la consumación”, en el que “nosotros lo veremos cara a cara” y lo conoceremos plenamente, así como él conoce lo que hay en lo profundo del corazón de cada uno (ver 1 Corintios 13, 8-10 y 12).

El estilo profético

La novena y última bienaventuranza no es en absoluto sorprendente. Jesús ya no habla a quienes lo escuchan de los bienaventurados como de terceros, sino que los exhorta a alegrarse, y de inmediato. El motivo de la alegría sigue siendo paradójico: las persecuciones. Ya no se trata, pues, de una simple cuestión de disposiciones interiores y, por tanto, de voluntad. Basta con ser insultados, maltratados, siempre que sea por fidelidad a lo que Dios revela. El mensajero silenciado se vuelve inseparable de la noticia que ha recibido. Y el argumento legitimador de que efectivamente es una bendición, a pesar de las apariencias, ya no es la promesa de una felicidad futura, sino una serie de

precedentes: la triste suerte de los profetas de antaño, regularmente mal recibidos en casa, como Jesús sabe y verifica, a su costa (Lucas 4,24).⁶

De esta última declaración desconcertante se desprenden dos lecciones. Una es que el hombre tocado por lo que Dios dice ya no es, en tanto bendito, el mismo de antes. Por más que no lo manifieste en público, ya no está totalmente sujeto a las leyes del mundo, donde se convierte en un exiliado inconformista. Pero, cualquiera que sea su lugar y su rango social, ya es “feliz”, porque “escucha la Palabra de Dios [la Ley y los profetas], la guarda en su corazón y la pone en práctica”. Es una bienaventuranza más, recurrente en san Lucas (6,47; 8,21; 11,28), y también en san Juan (en su evangelio: 13,17, y en el Apocalipsis: 1,3 y 22,7).

La otra lección que debemos aprender es que, por desconcertantes que sean, estas proclamas de felicidad que distan mucho de ser obvias no son novedades completas. Las Escrituras judías están llenas de condiciones que deben cumplirse para poder ser feliz en el más allá, e incluso aquí en la tierra.⁷ Estas referencias son esenciales para comprender el impacto del Sermón de la Montaña en sus oyentes que reconocieron el estilo profético en él.

De lo que aprendieron en la tradición de Israel, Jesús no cambia nada, como se encarga de aclarar poco después según san Mateo (5,17-20). Pero le gustan las acentuaciones. No vuelve a las realizaciones y recetas de modestia y moderación que garantizan esta “buena vida” alabada tanto por la filosofía pagana como por la literatura sapiencial de la Biblia. Esta desarrolla —a partir de los últimos seis mandamientos, después de los cuatro primeros que son de orden religioso (Éxodo 20,3-17)— una moral global “natural” o universal, que sólo promete morir “saciado de días”, como Abraham (Génesis 25,8 y 35,29), David (1 Crónicas 23,1) y el ya mencionado Job.

⁶ Cristo vuelve a este punto más adelante: Mateo 23,33-37; Lucas 11,49 y 13,34. Y es el último argumento del diácono Esteban ante el Sanedrín el que le condenará: Hechos 7,52. Pero el pueblo de Israel, en la medida en que es profético ante las “naciones” a causa de su elección, también es perseguido colectivamente: es el caso de Egipto, luego del exilio, y nuevamente en la época de los Macabeos y de los romanos, hasta la Shoah y el antisemitismo contemporáneo...

⁷ Muchos Salmos proclaman “bienaventurado el o los que...”, por ejemplo: 1,1-2; 2,12; 32,1-2; 33,12; 40,5; 41,2; 65,5; 84,7-8; 89,16; 84,12; 93,12-13; 112,1-5; 119,1-2; 127,5; 128,1; 137,8-9; 146,7.

Jesús sólo radicaliza estos preceptos: “Les dijeron... Pero yo les digo...” (Mateo 5,20-47). E insiste, por un lado, en las disposiciones interiores ya recomendadas (humildad, aflicción, mansedumbre, etc.), por ejemplo, a través del “corazón quebrantado” en los Salmos (34,18; 51,17; 147,3); y por otro lado, en la naturaleza de la felicidad prometida, es decir, una liberación que da una libertad que permite compartir la de Dios y así comulgar con él.

Este tema de la libertad (o, en la medida en que es irreversible, de la salvación) aparece claramente cuando Jesús es expulsado de Nazaret (Lucas 4,18-21). Que haya dicho que “el Espíritu del Señor” reposaba sobre él, y que lo enviaba “a anunciar la liberación a los cautivos (...), la libertad a los oprimidos”, según una profecía (Isaías 6,1-2) de la que no necesita nombrar al autor, parece haber sido la razón para ser escuchado o despertado incredulidad en lugar de hostilidad.

Un autorretrato

Por tanto, resulta que, cuando Cristo proclama bienaventurados a los pobres, a los desdichados, a los perseguidos, a los inofensivos impacientes de que únicamente Dios reine finalmente sobre la tierra, no da reglas de conducta que bastaría aplicar para tener un “buena vida” y ser recompensado por ello en el cielo. En realidad, habla de sí mismo: pues él es “manso y humilde de corazón” (Mateo 11,28), él será cruelmente ejecutado (Mateo 16,21; 17,22-23; 20,17-19 y paralelos en Marcos y Lucas) y él se regocija ya, aun antes de resucitar, al ver que todo esto, que escapa a “los sabios y doctos”, es acogido por “los pequeños” (Lucas 10,21).

Otra cosa inesperada es que el perfil del hombre feliz dibujado en el Sermón de la Montaña es básicamente un autorretrato de Jesús. Queda entonces claro que es imitándolo, o más precisamente siguiéndolo y dejándose guiar como él por el Espíritu Santo, a fin de ser “miembro de su cuerpo” (1 Corintios 12,27), como se alcanza la felicidad de ser lo suficientemente libre para “ver a Dios”.

De ello se deduce que la fuente última y original de todas las paradojas, que surgen de los términos chocantes de las Bienaventuranzas, se encuentra en Dios mismo, que se revela inseparablemente como “el más alto” y “el más bajo”. Esto es lo que dice sin rodeos el himno de Filipenses 2,6-11:

Jesucristo (...) no retuvo celosamente el rango que lo igualaba a Dios.
Sino que se anonadó a sí mismo (...) haciéndose como los hombres.

(...) Se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz.

Por eso Dios lo exaltó: le dio el Nombre que está sobre todo nombre, para que ante el Nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los abismos (...).

Es de nuevo, en el texto griego, una pequeña palabra de tres letras al comienzo del versículo 9 la que elimina la contradicción, aquí entre humildad y gloria: *διό*, que significa “por esto”. Resulta que la elevación de Jesús no es la corrección de su anonadamiento (su “*kénosis*”), sino su extensión lógica, por así decirlo: es porque Dios es infinitamente grande que puede descender más, incluso más bajo que la condición humana sobre la tierra —incluso hasta el inframundo— sin ser disminuido o alterado. Al contrario, manifiesta el poder sin violencia de su vida que se comunica sin imponerse ni tener, aunque vulnerable, la necesidad de protegerse, e incluso nos permite participar en ella ofreciéndonos el seguimiento, en el “tomar su cruz” (Mateo 16,24 y paralelos en Marcos y Lucas).

La cumbre y fuente de todas las paradojas

El concepto de “Ser Supremo” desarrollado por los filósofos no basta, pues, para definir y menos aún para contener a Dios, cuya trascendencia se revela en la flagrante caída del Mesías, en quien él se deja ver (Juan 12,45). Es, por tanto, como el *summum* de la paradoja. Pero es también la raíz de todo un árbol de desafíos al sentido común, más allá de las Bienaventuranzas que los introducen. Consideremos, finalmente, tres de las provocaciones más embarazosas.⁸

La primera incongruencia que debe señalarse es la del Dios uno y trino. La dinámica de entrega que lo impulsa no puede ser una esencia abstracta que implica relaciones previas a cualquier exteriorización. El Padre “engendra” al Hijo que pone a su disposición todo lo que de Él recibe, y de esta reciprocidad

⁸ En el Evangelio abundan las declaraciones paradójicas. Para limitarnos a dos ejemplos, citemos al mismo Jesús repitiendo: “El que quiera salvar su vida, la perderá, pero el que pierda su vida por mí, la salvará” (Mateo 10,39; 16,25; Marcos 8,34-35; Lucas: 9,24; 14,26; 17,33; Juan 12,25), y: “El que se humilla será enaltecido” (Mateo 23,2; Lucas 14,11), retomado en Santiago 1,9; 4,10 y 1 Pedro 5,6. San Pablo transmite lo que Dios le revela: “Mi poder se mide plenamente en la debilidad”, y concluye: “Cuando soy débil, entonces soy fuerte” (2 Corintios 12,9-10).

no cerrada “procede” el Espíritu que los une y es como la transmisión en persona, dando a quienes lo acogen participación en esta vida de intercambio.⁹

Una segunda rareza es la oposición entre el “ya” y el “todavía no”: el Mesías prometido vino, fue crucificado y “resucitó de entre los muertos”; cumplió su misión y, sin embargo, la historia no ha terminado. “El Cristo resucitado ya no muere” (Romanos 6,9), sino que está “en agonía hasta el fin de los tiempos” (Blaise Pascal; ver también Colosenses 1,24). El “tiempo de demora” entre la Ascensión y la Parusía se vive así en una tensión entre la confianza, que debe cuidarse de no volverse pasiva, y el aprendizaje de la libertad en las tentaciones y las pruebas. Sin duda, el equilibrio es siempre incierto y precario, pero esto significa que la vida cristiana nunca es un estado estático y que el campo que permanece abierto a cada uno puede considerarse una gracia que hay que aprovechar cada día.

Una tercera discordancia, que no debe evitarse, es el contraste entre la humildad explícitamente exigida en el Evangelio y el esplendor que muestra la Iglesia en sus lugares de culto, sus liturgias y ceremonias, las insignias con las que se adornan los dignatarios de su jerarquía, los bienes que posee u ocupa. Esta distorsión está ligada a la anterior. Francisco de Asís lo asumió: se había “casado con la Señora Pobreza” pero, ordenado diácono, insistió (según se dice) en vestir un alba del lino más fino, adornada con encajes, y los ornamentos más suntuosos. Lo mismo ocurrió con el pobre sacerdote de Ars, pródigo en embellecer su destartalada iglesia. La liturgia y el crecimiento del Cuerpo de Cristo en la historia se relacionan con la anticipación del “ya” y las renunciencias a la actualidad del “todavía no”.

Razón tanto bajo control como estimulada

Todavía podríamos citar desordenadamente y sin ser exhaustivos: el problema del Dios bueno y todopoderoso que permite el mal; la oposición entre acción y contemplación, o entre santidad gozosa y atormentada; la autoridad del magisterio que parece prevalecer sobre la de las Escrituras; el

⁹ Por supuesto, sería necesario desarrollarlo. Cf. el número 145 de *Communio* fr. (septiembre-octubre de 1999), “Creer en la Trinidad”, y nuestro artículo “El Espíritu en acción” en el número 253 (septiembre-octubre de 2017), pp. 29-38.

simul peccator et justus de Lutero;¹⁰ el cristiano que está “en el mundo” pero no es “del mundo”; las exaltaciones simultáneas del matrimonio y de la virginidad... También están las relaciones, a menudo contradictorias, entre fe y razón, ya que la primera pretende no ser ni absurda ni arbitraria (el desinterés altruista, sin mancha, del Dios cristiano, no tiene mucho que ver con el placer errático e irresponsable), mientras que la segunda tiende a reivindicar la autosuficiencia soberana.¹¹

Hay que recordar a este respecto que una paradoja va en contra de evidencias indiscutibles, o combina dos términos opuestos o incompatibles, de modo que la racionalidad común se estanca: lo que se afirma no puede acomodarse en los espacios marcados donde tiene su origen. Pero, ¿qué sistema de pensamiento puede proporcionar el dominio de la omnisciencia? Ante signos y mensajes imprevistos, el conocimiento está llamado a ampliar el marco en el que intenta absorberlos, deformándolos o reduciéndolos según sea necesario. Y esto es casi necesariamente así si los datos pueden provenir de un “otro lugar” o de un “otro”, sobre todo si no se puede descartar de entrada que se trate de Dios, a quien a priori y por definición nadie ha conocido ni conocerá jamás.

Sólo queda descubrir una lógica que hasta ahora se había escapado, reconstruirla lo mejor que podamos a partir de los elementos disponibles. Esto es lo que se intentó anteriormente, al notar la naturaleza confusa de las Bienaventuranzas y al esforzarse por identificar su alcance y la coherencia poco clara de cada una, entre ellas y con el conjunto de la revelación. Del mismo modo, casi todo lo que en la fe parece desde fuera antinómico o contradictorio, puede explicarse mirándolo más profundamente desde dentro, haciendo un poco de aquello que llamamos teología. Consiste en razonar, sin ignorar la experiencia humana, sobre lo que Dios manifiesta de sí mismo como sólo él puede hacerlo, estimulando los recursos naturales del intelecto.

¹⁰ Fórmula reconocida en 1999, legítima si se interpreta correctamente la *Declaración conjunta sobre la doctrina de la justificación* de la Federación Luterana Mundial y de la Iglesia Católica.

¹¹ Los hechos esenciales del cristianismo —que Dios se hace hombre, nace de una virgen, muere miserablemente, resucita y sigue teniendo discípulos— no son paradojas estrictamente hablando, sino hechos históricos que pueden negarse (al menos en parte) o interpretarse libremente.

Sin embargo, esta inteligencia afinada no produce una suerte de racionalidad superior en la que uno pudiera sentarse y consolarse.¹² Como se sugirió anteriormente, la esperanza va más allá de la satisfacción de los días y de la serenidad ante el misterio. Finalmente, ser acogidos como justos en el cielo no elimina en absoluto el asombro que reaviva la alegría renovando indefinidamente el deseo: incluso contemplado cara a cara en la libertad del “cielo”, Dios sigue sorprendiéndonos. A fortiori ya, en medio de las contingencias de este mundo, resulta no menos paradójico para quienes lo reconocen más o menos que para quienes se niegan a hacerlo. La diferencia es que sentirse abrumado de esta manera estimula y comienza a florecer en los creyentes (aunque no todo sea fácil), en lugar de que otros se bloqueen por miedo a perder su independencia. Lo confirma el título elegido en 1955 por C.S. Lewis (1898-1964) para su autobiografía hasta su conversión al teísmo en 1929 y luego al cristianismo en 1931: *Sorprendido por la alegría*.¹³ Podría ser una bienaventuranza más: “Bienaventurados aquellos a quienes Dios nunca dejará de sorprender”.

Traducción: Andrés Di Cio

¹² Ocupar cargos considerados incompatibles entre los cuales uno se niega a elegir puede equivaler a persecución y exigir heroísmo. Por caso, el martirio de Santo Tomás Moro (1478-1535), proclamándose no menos fiel a su rey que al Papa. Y, en el ámbito místico, San Juan de la Cruz (1542-1591) declaró bendita la “noche oscura” en la que se sumerge el alma “inflamada de un amor inquieto”.

¹³ Basado en el alemán *Sehnsucht* (de Goethe y Schiller, con música de Beethoven y Schubert), C.S. Lewis define la alegría inexplicable que siente como un deseo que permanece insatisfecho, en contraste con la satisfacción efímera del placer. Y toma este título del poeta romántico William Wordsworth (1770-1850), al darse cuenta de que carece de su júbilo panteísta ante la naturaleza compartida.